

SOBRE ESTEREOTIPOS, IMÁGENES PARCIALES Y RETRATOS IMPOSIBLEMENTE PLENOS: LA NOCIÓN DE ESPAÑA EN LA NORTEAMÉRICA DEL PRIMER TERCIO DEL SIGLO XIX. GIFRA-ADROHER, PERE, *Between History and Romance: Travel Writing on Spain in the Early Nineteenth-Century United States*. London: Associated UP, 2000.

Fueron razones de prestigio y de excelencia cultural las que hicieron que España se viera apartada durante mucho tiempo de los circuitos distinguidos e ilustrados de Europa y que fuera un país desprovisto de interés para la literatura de viajes. Y, en este sentido, la notable diferencia de volumen que se da entre los libros de viajes que se publican en los siglos XVII y XVIII sobre Francia, Italia, Alemania y Suiza y los que lo hacen sobre España no constituye una mera casualidad, sino que traduce bien a las claras el hecho de que nuestro país no ofrecía ningún atractivo y que su imagen en el exterior era la de una nación pobre y en decadencia, cuna de la bajeza y la ignorancia, del fanatismo y la superstición, y donde no se daban las maneras educadas, los salones elegantes, el arte y la vida cultural que eran propios de otras latitudes del continente. Es obvio que esta negativa imagen que se tenía de España en el exterior en modo alguno invitaba a aventurarse por sus caminos, campos y ciudades, y a ello contribuyó también la poderosa disuasión que en los viajeros extranjeros ejerció la obsesiva vigilancia que sobre ellos llevó a cabo la Inquisición a lo largo de esta etapa, en la que fueron objetivo preferente de sus sospechas, informes e investigaciones, supuestamente porque podían servir de instrumento de introduc-

ción de ideas y actitudes librepensadoras, modernizadoras o contrarias a la ortodoxia católica. Y si a esto añadimos que los víveres se conseguían con dificultad, que los caminos eran malos y las posadas escasas e insufribles, entonces no debe extrañar que sean contados los viajeros que, en el periodo señalado, se atreven a internarse por el país, lo que hará que sea manifiestamente desconocido más allá de nuestras fronteras y que su realidad se vea simplificada y recreada en clichés que pasarán de unos autores a otros. Tuvieron que transcurrir muchos años para que estas circunstancias se modificaran y ello se comenzará a producir en el último tercio del siglo XVIII —sobre todo a raíz de la modernización y las reformas liberales que introduce Carlos III— y se desarrollará, como se sabe, de la mano de la estética romántica, que abrió las puertas de una nueva sensibilidad que, dejando de lado los palacios, las bibliotecas, los museos, las colecciones de arte y la cultura de los salones, empezó a buscar y a valorar la sencillez y la espontaneidad fuera de los ámbitos hasta entonces habituales, y se interesó por lo local y lo antiguo, la pureza del pasado, el paisaje, las montañas y los precipicios, haciendo apetecibles y atractivos el peligro, las dificultades y las incomodidades. Estas nuevas perspectivas acabarán con la marginación ya casi crónica de nuestro país, que deja atrás su aislamiento y exclusión secular para pasar a ser la tierra romántica y de renombre del *Childe Harold's Pilgrimage* byroniano, y harán que se repare en sus curiosidades artísticas y naturales, con lo que pronto se convertirá en el objetivo de muchos creadores y autores, todo ello dentro de un proceso en el que la literatura de viajes tendrá un amplio protagonismo.



Cuando estos cambios se producen en el último tramo del Siglo de las Luces y a lo largo de la centuria siguiente, a las posiciones particulares desde las que nos contemplan los viajeros franceses, ingleses, alemanes y de otras nacionalidades europeas que nos visitan, hay que añadir una óptica nueva: la de los norteamericanos, que en aquellos momentos estaban definiendo las aristas de su identidad y buscando su lugar en el concierto político, económico y cultural, y que nos legarán una amplia producción en este sentido, producción a la que nos acerca Pere Gifra-Adroher en su monografía *Between History and Romance: Travel Writing on Spain in the Early Nineteenth-Century United States*, en la que se ocupa de la representación textual y literaria que de España hacen autores americanos en las últimas décadas del siglo XVIII y en las primeras del XIX y que constituye, sin duda alguna, una contribución de calidad en la que se aúnan, en fórmula feliz, capacidad y esfuerzo, formación e información, ilusión y claridad de objetivos. A este respecto hay que señalar que en todo momento se nos muestra que los pasos que se dan los gobierna el convencimiento de que lo relevante es el texto, con sus carencias —porque no es un retrato fotográfico ni lo pretende— pero también con sus particularidades de método, de enfoque, de género y de propósitos, principio que hace que el estudio se centre, consecuentemente, en la consideración de las relaciones que se dan entre el viaje, la escritura y la textualidad, y ello le permite al autor llevar a cabo un análisis literario que no sucumbe a la tentación de dejar a un lado la perspectiva filológica y tomar la senda de la investigación histórica, en la que la realidad es el espejo que sanciona la calidad y fidelidad del texto literario que la representa. Así, pues, poco importa la fidelidad histórica o si se reflejan convenientemente las circunstancias de todo tipo que conforman la España del periodo que se toca, pero ello en modo alguno significa que la época —y aquí, sin duda alguna, estamos ante otro logro más que se debe resaltar— deje de aparecer contextualizada de forma perfecta en la historia, la economía y la política. Entre los muchos méritos hay que reconocer, también, el hecho de que las amplias referencias bibliográficas en las que se apoya el análisis se utilizan

de forma atinada, justificada y contenida, formando una corriente de datos, detalles y posiciones que, con garbo y dominio evidentes, se ensamblan perfectamente en el cuerpo de la obra, dentro de un equilibrio que es de apreciar porque no es muy común. Y, junto a esto, se observa igualmente que el aparato de notas no se concibe como una exhibición de erudición, sino que, muy al contrario, se entiende como un instrumento especialmente aprovechable porque en él se hacen consideraciones que enriquecen notablemente las perspectivas del lector y en él encuentra referencias biográficas, históricas, literarias, terminológicas, bibliográficas y de otra índole, que constituyen un complemento particularmente eficaz y enriquecedor. Además, en *Between History and Romance: Travel Writing on Spain in the Early Nineteenth-Century United States* tenemos una contribución en la que a la calidad de la factura hay que añadir el interés de su propuesta y de su alcance. En este sentido, la elección del tema no pudo ser más afortunada porque le ha permitido al autor alumbrar cierta y atinadamente una parcela solamente conocida de forma parcial a través de alguna aportación señera, como es el caso de la de Irving.

Espléndidamente precisado en el apartado introductorio en cuanto a contexto, método, límites y perspectivas, el análisis de Gifra-Adroher comienza a entrar en detalles mostrando que la textualización de España no nace en los tiempos de Irving y de los de su generación, sino que empezó bastante más temprano, y por ello arranca cronológicamente con la valoración de algunos escritos de Philip Freneau, Joel Barlow y otros autores del período colonial y de la primera andadura de la república, especialmente de algunos diplomáticos —como es el caso de John Adams, John Jay y James Monroe— que viajaron a España y cuyas cartas, diarios e informes oficiales, si bien tuvieron una escasa difusión, van a constituir la primera representación americana de nuestro país. El capítulo 2 se refiere específicamente a estos textos y también toca a Charles Brockden Brown y su novela epistolar *Wieland or the Transformation*, que constituye el paradigma de las obras que en aquellos momentos reflejan y crean la imagen que entonces se tenía de España. Como es de esperar, se trata de

fuentes que tienen unas preferencias temáticas específicas y en las que afloran de forma recurrente la leyenda negra, la indolencia y el fanatismo de los españoles, el directo y más que notable protagonismo que el clero tiene en lo que se refiere a la ignorancia, la pobreza y la superstición del pueblo, junto a otros estereotipos y prejuicios heredados de Inglaterra, lo que muestra que estamos ante textos que en parte se basan inevitablemente en una información escasa y un conocimiento incompleto. En este sentido vemos que la España que se refleja en *Wieland* es exótica y remota, pero en este caso esta lejanía no es sólo una convención literaria, sino que también es una realidad y por ello Gifra-Adroher proporciona detalles sobre las condiciones que se daban para viajar de Norteamérica a Europa y, en particular, a nuestro país, y que vienen a explicar por qué es tan escasa la presencia de americanos entre nosotros con anterioridad a la década de 1830.

A continuación se consideran los rasgos que se advierten en los primeros relatos de viaje del siglo XIX y, en este sentido, el capítulo 3 se dedica a *Travels in England, France, Spain and the Barbary States in the Years 1813-14 and 15* de Mordecai Manuel Noah, que convirtió su retrato de España —desarrollado en el capítulo segundo de su obra— en una indagación filosófica de la decadencia de lo que tiempo atrás había sido una potencia imperial y de las causas de esta situación, y también se tienen en cuenta las cartas y diarios de George Ticknor, un autor que también se fijó en la corrupción política y en la decadencia económica, pero describió al país como un lugar arcádico, como un pedazo del pasado agrario que otras naciones ya habían dejado atrás para siempre. En ambos autores, tal y como Gifra-Adroher señala, se advierte claramente la insistencia en el *dulce et utile* clásico que domina toda la literatura de viajes de la Ilustración, pero también se observan otras convenciones y otras técnicas narrativas, como la mezcla de observaciones relativas a la naturaleza, la historia y el arte con reflexiones filosóficas, la combinación de registros lingüísticos formales y coloquiales, la incorporación de los discursos de la historia y la aventura, la interpolación de elementos biográficos y la presencia de una voz

narrativa fuerte que domina todo el texto. Estas tempranas representaciones reflejan el ideario racional de la Ilustración, que se encuentra todavía vigente y del que los viajeros posteriores tratarán de apartarse, pero que en ocasiones siguen muy de cerca. Los americanos ilustrados que viajaron a la Península destacaron la pobreza, el desorden político y los excesos del pasado, pero Noah y Ticknor, aunque se mantienen en esta línea, cambiarán algunos de los elementos y de la metodología de este retrato y supondrán una nueva percepción del país, que evoluciona progresivamente desde la posición objetiva de los relatos de viajes de la Ilustración a una óptica y un tratamiento mucho más subjetivos, anticipando de esta forma la posición romántica desde la que lo harán autores posteriores. El capítulo 4 se centra en *A Year in Spain* de Alexander Slidell Mackenzie, la primera monografía que un autor americano escribe sobre nuestro país y que es, entre las descripciones de la España del siglo XIX, una de las de mayor fuerza, así como la más subversiva del momento. Gifra-Adroher presta especial atención al análisis del retrato literario que Mackenzie hace aquí y luego en *Spain Revisited* (1836), mostrando que no nace de un encuentro fortuito con el país, sino que surge de un largo proceso de textualización cultural y de viajes que lo llevan a conocer el país cuando tiene 23 años, en el otoño de 1826, y puede apreciar la amplitud del clero y su profunda presencia en la sociedad, la corrupción, el despotismo, la pobreza y la inseguridad, y su imagen se completa con un segundo viaje, siete años más tarde, en el que conoce Castilla y las provincias del norte. Y su representación, que formalmente sigue la tradición didáctica de la Ilustración, se aleja de los eufemismos de otros relatos y muestra una fuerte preocupación por la situación política, destacando la necesidad de una revolución que llevara a instalar, de forma efectiva y definitiva, la libertad en la vida de los españoles y que permitiera al país superar la crisis en que se encuentra inmerso.

En los capítulos siguientes se deja atrás a Noah, Ticknor y Mackenzie —que son, en cierto sentido, el puente que une la primera generación de viajeros del siglo XVIII y la de los románticos—, nos alejamos del compromiso político





que se da en Mackenzie y nos centramos en los relatos románticos de viaje de los años treinta, que reflejan una pintura de España más escapista y menos implicada en los problemas sociales y políticos. De modo específico, el capítulo 5 examina la representación que hace Washington Irving en *Tales of the Alhambra* y en otras obras suyas como *Life and Voyages of Christopher Columbus* y *A Chronicle of the Conquest of Granada*, en las que vemos que no estamos ante un romántico radical sino ante uno claramente reaccionario, que le da la espalda a la situación social de España, que construye una imagen que ignora la contemporaneidad histórica y que prefiere versiones textualizadas del pasado y representaciones arcádicas del presente. Gifra-Adroher estudia con todo detalle todas las fases del proceso, esto es, explora los factores biográficos y literarios que produjeron el interés de Irving por España, analiza las particularidades de su itinerario español, al igual que el proceso de composición y recepción de *The Alhambra*, y también considera los recursos retóricos y las convenciones de la literatura de viajes que este autor utiliza. Aunque no consigue la unidad narrativa que Irving logra en *The Alhambra*, una obra genéricamente cercana a ésta es *Outre-Mer* de Longfellow, que se estudia en el capítulo siguiente, y en la que vemos una representación que, de modo contrario a las posiciones de Noah, Ticknor y Mackenzie, deja a un lado el racionalismo ilustrado y el compromiso político y contempla el país desde una óptica de sentimentalismo religioso, manifiestamente despreocupada de aspectos como el progreso y el cambio. Longfellow reforzó la representación romántica que Irving había formulado, pero en lugar de limitarse a una imagen histórica y etnográfica, la amplió a una visión más religiosa, en la que España era un retiro espiritual donde el artista romántico podía encontrar no sólo inspiración sino tam-

bién el camino hacia la vida futura. El último capítulo se dedica al estudio de *Letters, Descriptive of Public Monuments, Scenery and Manners in France and Spain*, de Caroline Cushing y *Reminiscences of Spain* de Caleb Cushing, títulos publicados respectivamente en 1832 y 1833, y cuyo interés no radica, como Gifra-Adroher nos muestra, en la representación que hacen de España y que comparten con otros escritores norteamericanos del momento, sino en los objetivos que los autores quieren alcanzar con ellos. Caleb Cushing escribirá su obra para afianzar su posición en la sociedad de Nueva Inglaterra, mientras que su esposa Caroline utilizará la suya para romper la lectura exclusivamente masculina que hasta entonces había tenido el viaje por España, mostrando que las mujeres americanas podían tener las mismas experiencias que otros viajeros, y para abrir una puerta a la libertad, a la liberación de la estrechez doméstica.

Como podemos ver, *Between History and Romance: Travel Writing on Spain in the Early Nineteenth-Century United States* constituye una excelente oportunidad para adentrarnos en los cambios que se operan en las ideas y en los gustos en el tránsito del Setecientos al Ochocientos, y para advertir los modos en que estos cambios se reflejan en la parcela específica de la literatura de viajes, donde quedan progresivamente atrás las aristas críticas y los fines educativos y formativos que Rousseau discriminó como la esencia, la motivación y la metodología del viaje y la de su relato, y donde se da paso a un nuevo tipo de viajero atraído por sociedades y países —como las naciones periféricas de Europa y España entre las más preferidas— en los que la vida poco o nada tenía que ver con sus mundos de origen y en los que se podía revivir la historia.

FRANCISCO JAVIER CASTILLO